



LUIS FERNÁNDEZ DELGADO
Editor
lfernandez@codasic.com

¿A qué temperatura arde la IA?

En las pasadas Navidades fui obsequiado con una preciosa edición ilustrada del clásico de Ray Bradbury 'Fahrenheit 451', la cual acabo de visitar gustosamente treinta años después de mi primera lectura. La actual ingesta ha fructificado en una nueva mirada del escalofriante y afamado relato y me incita a poner al día algunas reflexiones ante esa *compañeira* vital que irremediablemente se nos ha adherido sin pedir permiso, la omnipresente IA.

En la novela, Ray mostraba una sociedad zombificada, vitalmente mustia, ante la imposición dictatorial de prohibir el consumo y posesión de libros, nefasta herencia enturbiadora de la buena salud mental de una ciudadanía pánfila y dócilmente ejemplar. Para impedir la daniña lectura, una cohorte de sofisticados 'bomberos'—camión y manguera en ristre— churruscaba sin con-

su desorbitada supracapacidad y prestaciones, también se ha constatado su falibilidad, trolería y renuencia a mostrar no pocos arcanos de sus gestadores y comercializadores.

En esta cuestión, me viene a la mente nuestro reciente evento TISEC, en el cual un pujante plantel de intervinientes propició reflexiones de muy elevando rango relativas al devenir de la profesión. En las ponencias el revoloteo de la omnisciente IA—cómo si no— rayó a gran altura en los argumentarios expuestos, emergiendo la necesidad de una mejor y mayor observabilidad para que los oficientes de la llevanza de la ciberseguridad puedan repeler las colosales afrentas de una ciberdelincuencia despendolada. Y, claro, igualmente megadopada con toda suerte de argucias 'made in IA'.

Como cabía esperar, hubo loas generalizadas a sus portentosas prestaciones, mayormente en la prometedora capacidad predictiva, pero también apelaciones al 'sentidiño' de no caer en la sobredependencia de esta tecnología sin embridar.

Así, de un lado se evidenciaron las cruciales habilidades para activar, por ejemplo, respuestas autónomas—e inmediatas— de las IAs ante ciberataques y, por el otro, las asombrosas maniobras industrializadas para una automatización en la creación de *exploits*.

En el brillante combate dialéctico mantenido entre algunos contendientes, a tenor de los divergentes argumentarios—unos muy a favor y otros bastante menos— respecto de echar mano de las capacidades de la IA en su estado del arte actual, hubo quien se postuló con contundencia por consentir en delegar para 'actuar' sin contemplaciones (Juan Miguel Velasco), o en alertar de las IAs genuinamente criminales, decantadoras de una lucha asimétrica a su favor (Julio San José). En última instancia, la sentencia del CSO de Telefónica Tech hizo temblar a audiencia de la sala: "La IA puede equivocarse, el CISO no".

Dice un proverbio árabe que "A diferencia del estómago, la mente no avisa cuando está vacía". Al pensar en las 'sentencias' de Juan Carlos Gómez Castillo y la proyectada por la sabiduría oriental, tan lúcida ella, uno tiene la sensación de que le sale humo de la cabeza.

Por cierto, la temperatura de los recintos y recipientes que alojan la alocada actividad de las IAs registra distintos puntos de fusión, pero en general la mayoría se funden entre los 1.112 y 2.912 grados, Fahrenheit naturalmente. Será bueno recordarlo—y con ello a Bradbury— si lo que nos queda de actividad neuronal tras tanto delegar nos faculta todavía a tener cabeza, no ir a ciegas y ser abducidos ante tan candente portento tecnológico. ●

La IA se abrirá paso y si lo que nos queda de actividad neuronal tras tanta cesión cognitiva nos faculta todavía a tener cabeza, no ir a ciegas y ser abducidos ante tan candente portento tecnológico, será un milagro.

templaciones cualquier intento de saltarse el autócrata mandamiento. Sus acciones deyectoras a 451 grados Fahrenheit carbonizaban letalmente el soporte acogedor de miles de años de conocimiento y creatividad, y no pocas veces también a sus ilícitos poseedores. Pero he aquí que, precisamente, uno de los propagafuegos, Montag, preso de la duda, acaba rebelándose de su mortífera encomienda y en última instancia acabará alistado en el bando rebelde, bando que, para preservar el legado alojado en los libros ya prohibidos, sagazmente los memorizaban para perpetuar el saber alojado en sus hojas de papel.

Sí, ya sé que a todo el planeta le ha dado por 'blablaar' sobre la IA, y no precisamente poco en nuestro mundillo, ecosistema de ciberprotección que incorpora ávidamente a su argumentario los favorables elogios a su uso en el bando correcto. Por supuesto, el incorrecto ya se apresuró también a descubrirlo y hoy, ahora, lo exprime a conciencia.

Yo, sin embargo, en vez de que esta vez la IA piense por mí, la descarto y voy a ser yo quien piense sobre ella, y por derivada, en esa inquietante consecuencia resultante de su uso: la cesión cognitiva de parte de nuestro acervo experiencial a un 'terceró', del que además de